162

EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

MORIRSE

Á TRES DIAS FECHA.

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

MORIRSE Á TRES DIAS FECHA.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 8 MADRID

638:12

MORIRSE Á TRES DIAS FECHA,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALL

Representado por primera vez en el Te
de Ene

6

PERSONAJES.	ACTORES.
AMALIA.	Srta. Espejo.
JULIANA.	Rodriguez (D.ª Aurora.)
EDUARDO.	Sres. Vallés.
DON JOSÉ.	Riquelme.
ARTURO.	Lastra.

...cion en Madrid:—Época actual.

... nadie podrá, sin su
... España, ni en sus
... los cuales haya
...nternacionales

... titulada
...amente
... de la

ACTO PRIMERO.

Sala elegante. Dos puertas á cada lado y u[n]

ESCENA PRIMERA.

AMALIA, D. JOSÉ.

AMALIA. (Entrando por el foro.)
Ma llamaba usté, papá?
JOSE. Sí, tengo que hablarte, Amalia.
AMALIA. Soy toda oidos.
JOSE. Ya sabes
que mi vida es una balsa
de aceite. Mientras los tontos
se despepitan y afanan
por lo que no les importa,
yo no me altero por nada.
Jamás hablo de política,
no sé si la Bolsa baja
ó sube, no leo nunca
periódicos, y en mi casa
no se admiten más visitas
que el huérfano de mi hermana,
y ese muy de tarde en tarde,
porque el tal Arturo habla
por los codos, y no gusto
de enterarme de patrañas,
no sea que llegue un dia

en que los demonios hagan
que me interese por algo,
y mi existencia tan plácida
se trueque en la agitacion
en que los demas batallan.
Como soy bastante rico
y la ambicion no me embarga,
libre de afanes y penas
vivo como un patriarca.
Afirman algunos que esto
es ser egoista y hablan
de patriotismo, de amor,
y de otras mil zaranjas;
yo les dejo hablar, me callo,
hago lo que me da gana,
me rio de todo el mundo,
soy feliz y santas pascuas.

AMALIA. Está bien; mas no comprendo...

JOSE. Comprenderás si te callas
y me escuchas.

AMALIA. Hable usted,
que ya no digo palabra.

JOSE. La indiferencia en que hoy vivo
y que á muchos les extraña,
no siempre ha reinado en mi.
La juventud es tan sándia,
que yo de muchacho tuve
una buena temporada
en que bebía los vientos
detrás de las buenas caras.
Conocí á tu madre, era
una morena muy guapa,
la seguía á los paseos,
ella... pues, tomaba varas,
la declaré al fin mi amor,
me llevaron á su casa,
pedí su mano, su padre
me la dió de buena gana...

ÁMALIA. Y por fin se casó usted.

JOSE. Sí tal, hice esa burrada.
Al año de matrimonio
viniste tú al mundo, Amalia,

y Dios sabe los disgustos
que me has dado.

AMALIA. Muchas gracias.

JOSE. Por de pronto fué preciso
echarse á buscar un ama
y aguantar sus exigencias,
y tras de pagar, mimarla.
Sufrir tu llorar contínuo,
cuidarte si estabas mala,
comprar juguetes y oir
la insoportable algazara
que á medida que crecías
á todas horas armabas.
Al poco tiempo enviudé,
no todo han de ser desgracias;
te he dado una educacion
distinguida y esmerada,
pero ya que me has costado
tantos afanes y tantas
molestias, será muy justo
que ahora pretenda cobrarlas.

AMALIA. Cuanto más le escucho á usted
ménos le entiendo.

JOSE. Ten calma.
Yo necesito tener
quien regañe á la criada,
y disponga la comida
y cuide la ropa blanca,
quien examine las cuentas,
y quien me escriba las cartas,
quien me dé si estoy enfermo
la tila ó la flor de malva,
quien me acompañe de noche
cuando no salgo de casa,
y quien me espere si salgo
para cuidar de que abran
la puerta al instante mismo
de llamar yo con la aldaba.

AMALIA. Yo cuido de todo y creo
que no encontrará usté falta.

eOSE. No tal, yo te hago justicia,
eres muy buena muchacha,

y no puedo tener queja,
mas si algun dia te casas,
mi felicidad presente
se la va á llevar la trampa.

AMALIA. He ofrecido á usted, papá,
que me enterrarán con palma,
y así podré consagrarle
toda mi vida...

JOSE. Sí, Amalia,
ya lo sé, mas todavía
un detalle me faltaba.

AMALIA. Un detalle?

JOSE. Sí por cierto.
El cuidar á una muchacha
soltera no es nada cómodo;
siempre que sales de casa
he de acompañarte...

AMALIA. Es claro.

JOSE. Vamos á paseo y andas
tan despacio, que yo sufro.

AMALIA. No saldré si usted lo manda.

JOSE. No es eso, si no salieras
tal vez te pusieras mala
y tendría que asistirte,
lo cual no me haría gracia.

AMALIA. Entónces ¿qué quiere usted?

JOSE. Quiero conseguir que salgas
tú sola.

AMALIA. Siendo soltera
es imposible.

JOSE. Me agrada
que comprendas la razon.
La soltera es una carga
para un padre; á todas horas
es preciso vigilarla,
llevarla á misa, á las tiendas,
vivir cosido á sus faldas.

AMALIA. Ya! Quiere usted que me case?

JOSE. No, no es esa la palabra.

AMALIA. Entónces...

JOSE. Quiero que enviudes.

AMALIA. Papá, por Dios!

JDSE. Qué te pasa?
AMALIA. Esa broma...
JOSE. Si no es broma.
AMALIA. Habla usted de veras?
JOSE. Vaya!
Viuda, podrias cuidarme
como ahora, es cosa clara,
y yo de tí no tendria
que ocuparme para nada.
AMALIA. Pero cómo he de ser viuda?
JOSE. Casándote sin tardanza
con un jóven que he encontrado
y habita esta misma casa.
AMALIA. Y ese jóven...
JOSE. Hazte cuenta
que con un muerto te casas.
Es tísico en tercer grado,
la calentura le mata,
labios cárdenos, la tez
de color verde manzana,
mejillas hundidas, ojos
brillantes; chica, una ganga.
AMALIA. La pintura es agradable!
JOSE. No creo que la hay más grata
tratándose de un marido
que ha de morirse sin falta,
si no el dia de la boda,
al ménos en la semana.
AMALIA. Pero eso se me figura,
papá, más que extravagancia.
JOSE. Hija, cada uno en el mundo
va á su negocio, no marra.
Yo necesito un cadáver,
la suerte me lo depara,
y no lo dejo escapar;
la ocasion la pintan calva.
AMALIA. Y cómo ha encontrado usted?...
JOSE. Hace tiempo que pensaba
en ello, cuando há tres dias
trajo el portero una carta
de un jóven que vive en el
sotabanco de esta casa.

En frases las más sentidas
su miseria me pintaba
pidiéndome una limosna,
y cuando ya iba á negársela,
leí el final del escrito,
y aquello me llegó al alma.

AMALIA. ¿De veras? Pues qué decía?

JOSE. ¿Qué decía? Estas palabras:
«Por vez primera y postrera
le molesto en mi desgracia,
pues tal estoy, que no creo
llegar vivo hasta mañana.»

AMALIA. ¡Pobre jóven!

JOSE. Al instante
cruzó por mi mente rápida
una idea: este es mi hombre,
exclamé, si no me engaña.
Anuncié que iría á verle...

AMALIA. Pero no le dió usté nada?

JOSE. Primero subí, que hay casos
en que para dar más lástima
suponen enfermedades
los que piden. Ví su cara,
su aspecto, escuché su voz,
y... la alegría me embarga
al pensarlo, es un cadáver,
un difunto, no le falta
mas que caer en la fosa
y que le pongan la lápida.

AMALIA. Qué horror!

JOSE. Se estaba muriendo.

AMALIA. Ya me lo figuro... Basta.

JOSE. Entónces le dí dos duros.

AMALIA. Y le propuso usted?...

JOSE. Nada,
por miedo á que la emocion
en el acto le matára.
Le cité para hoy aquí
sin decir de qué se trata;
le pedí sus documentos,
que por fortuna guardaba
en una cartera vieja;

me los dió, y sin más tardanza
le dí á tu primo el encargo
de que todo lo arreglára
para la boda.

AMALIA. Papá!

JOSE. Con dinero todo marcha.
He dicho en la vicaría,
y esto es verdad, que se trata
de un casamiento en que el novio,
don Eduardo Villamala,
está *in artículo mortis*;
así á cualquiera le casan
en un periquete. El juez
municipal tambien anda
listo en semejantes casos,
y de esa manera, Amalia,
hoy mismo serás esposa
del moribundo; y mañana
ó pasado á más tardar,
viuda suya. ¿No te agrada?

AMALIA. No, señor.

JOSE. Cómo?

AMALIA. Es horrible
ese proyecto.

JOSE. ¡Bobada!

AMALIA. Casar á un pobre muchacho
sabiendo que están contadas
sus horas.

JOSE. Y á él qué le importa?

AMALIA. Abusar de su desgracia!

JOSE. No hay abuso si él accede.
Ademas, si lo pensáras
hablarias de otro modo,
porque en esto él tambien gana.

AMALIA. Él?

JOSE. En lugar de morirse
sin tener quien le dé agua
sólo en ese sotabanco
donde hace un frio que pasma,
se morirá aquí abrigado
en una excelente cama,
y lo más cómodamente

que sea posible, Amalia.
Luégo tendrá un buen entierro;
eso sí, ya esta mañana
envié á tu primo Arturo
á hablar en la *Funeraria*
para que todo esté listo;
de modo, que si te casas
una obra de caridad
vas á hacer y no una infamia.

AMALIA. Lo presenta usted de un modo...

JOSE. Conque estás conforme? Vaya!

AMALIA. Veremos... Y ¿si él se niega?

JOSE. Él negarse? Eso faltaba.
Le pedía mis dos duros,
porque á mí nadie me estafa.
Y en fin, ya no ha de tardar;
pronto veremos si baja
cómo se explica. Anda, vé
á vestirte.

AMALIA. Ya?

JOSE. Una falda
negra.

AMALIA. Bien.

JOSE. Nada de lujo.
En esta boda no hay galas.

AMALIA. Papá, sólo la obediencia...

JOSE. Nada de réplicas... Anda.
(Váse Amalia por la derecha.)

ESCENA II.

D. JOSÉ, sólo.

Lo que es el tener talento:
si hoy esos chicos se casan,
gracias á mi actividad,
y si él se muere mañana,
aseguro mi reposo
y hago una buena jugada.
Voy á mi cuarto, y si viene
ya me avisará Juliana. (Váse izquierda.)

ESCENA III.

JULIANA, EDUARDO, éste muy mal vestido.

JULIANA. (Á Eduardo, en la puerta del foro.)
Pase usted. ¿Á quién anuncio?
EDUAR. Á Eduardo Villamala,
vecino del sotabanco,
víctima de mil desgracias,
de las cuales la mayor
es no tener una blanca.
JULIANA. Está bien.
EDUAR. Pero ántes, oye,
quiero hablarte dos palabras.
JULIANA. Hable usted aunque sean ciento,
que á mí el hablar no me enfada
y para hablar es la lengua.
EDUAR. Tienes talento, muchacha.
(Bueno es adularla un poco
para tener en la plaza
aliados).
JULIANA. Diga usted.
EDUAR. Sabes, chica, que eres guapa?
JULIANA. Calle usted, que ya le veo
de venir.
EDUAR. Pues tienes gracia,
y más de cuatro señoras
quisieran tener tu cara
y este talle. (La abraza.) (Algo se pesca.)
JULIANA. Bien, bien, que no soy guitarra.
EDUAR. Pues yo quisiera saber,
si como linda eres franca:
qué clase de hombre es tu amo,
porque hoy me cita en sú casa
para tratar, segun dice,
un asunto de importancia,
y necesito...
JULIANA. Ya estoy.
EDUAR. Con que vamos, chica, habla.
JULIANA. Pues mi seüor es un hombre
de los de clase más mala.

No piensa más que en sí mismo.
EDUAR. De veras?
JULIANA. Ve echar el alma
á todo el mundo, y con tal
de que á él no le duela nada,
se está como si tal cosa.
EDUAR. Hablas de veras, muchacha?
JULIANA. Sí señor.
EDUAR. Pues es extraño.
Si es tan malo, ¿por qué causa
me mostró tal interés
y socorrió mi desgracia?
JULIANA. Él?
EDUAR. Sí.
JULIANA. Le tendria cuenta.
EDUAR. No adivino.
JULIANA. Pues no marra.
Como él no esperase algo,
de fijo no diera nada.
EDUAR. Se enteró de mi salud
con tal interés...
JULIANA. Sí?
EDUAR. ¡Vaya!
JULIANA. No lo entiendo.
EOUAR. Yo, está claro,
para inspirarle más lástima;
le dije que me moría
por momentos, que ya estaba
desahuciado, y es verdad;
el casero me desahucia
con el frívolo pretexto
de que no pago la casa.
Á medida que me oía
cada vez más se alegraba,
y al cabo me dijo: «Jóven,
si en todo eso no hay patrañas,
por el tiempo que usted viva
no tiene que temer nada,
que yo me encargo de todo.»
Yo le dí un millon de gracias;
me citó aquí para hoy,
vengo y mi asombro no acaba

al oir que ese filántropo
es un hombre sin entrañas,
á no ser que como temo
tú le calumnies, Juliana.

JULIANA. Pregunte usted á quien quiera
y verá que todos hablan
de mi señor como yo.

EDUAR. Sí? Pues tiene buena fama.

JULIANA. Y usted está tan enfermo
como dice?

EDUAR. Yo, muchacha,
si te he de hablar francamente,
no padezco más que falta
de dinero.

JULIANA. Vamos, hambre.

EDUAR. Sí, pero un hambre atrasada.
Estoy cesante hace un año,
y desde entónces, Juliana,
como por casualidad;
no como más que esperanzas,
almuerzo con desengaños
y vivo á salto de mata.

JULIANA. Pues si el amo lo supiera...

EDUAR. Cuento que no dirás nada.
Ya que le intereso enfermo,
no pienso curarme hasta
que Dios me envie unos cuartos.

JULIANA. Voy á avisarle.

EDUAR. Sí, marcha.

(Váse Juliana izquierda.)

ESCENA IV.

EDUARDO solo.

Justo será que me asombre.
Don José me favorece,
y por lo que oí parece
que es un malvado ese hombre.
Mas por lo que pueda ser
no me tengo que apurar,

que á la fuerza ha de ganar
quien no tiene que perder.

ESCENA V.

DICHO, D. JOSÉ.

JOSE. Caballero!....
EDUAR. Señor mio!
JOSE Qué tal la salud?
EDUAR. Muy mal.
JOSE. De veras?
EDUAR. Estoy fatal.
JOSE. Lo celebro.
EDUAR. (Vaya un tio!)
JOSE. Conque se nos muere usté?
EDUAR. Eso me dice el doctor.
JOSE. Bien.
EDUAR. No hay remedio.
JOSE. Mejor.
EDUAR. Muchas gracias, don José.
JOSE. (Sentándose é invitando á Eduardo á hacer lo mismo.)
La vida no tiene encantos,
todo en ella es amargura;
por un rato de ventura
hay tantos pesares, tantos,
que por fuerza la alegría
en lloro ha de concluir;
de manera que vivir
es una majadería.
Yo se lo digo y lo sé.
La muerte sí que es amena.
EDUAR. Pues siendo cosa tan buena,
¿por qué no se muere usté?
JOSE. Hombre!
EDUAR. Así todo se allana.
Ya que morirse prefiere,
vamos, ¿por qué no se muere?
JOSE. Porque no me da la gana.
No se trata ahora de mí.
EDUAR. Bien.

JOSE. Saber deseo yo
si se muere usted ó no.
EDUAR. Sí señor:
JOSE. De veras?
EDUAR. Sí.
JOSE. Usted es hombre formal,
y creo no ha de venir
en tal momento á fingir
una enfermedad mortal.
Venga el pulso... yo hago alarde...
(Le toma el pulso.)
Débil... No hay fuerzas ningunas.
EDUAR. (Como que estoy en ayunas
y son las dos de la tarde.)
JOSE. La piel ardiente. (Tocándole la frente.)
EDUAR. (Mañías.)
JOSE. El sudor frio.
EDUAR. (Qué mengua!)
JOSE. Y la lengua... ¿Á ver la lengua?
Bien. No vive usté tres dias.
EDUAR. Hombre!
JOSE. No es posible, no.
Yo medicina estudié
de muchacho, y ya ve usté,
cuando se lo digo yo...
Duerme usted mucho?
EDUAR. No duermo.
JOSE. Otro síntoma.
EDUAR. (Un poco alarmado.) Sí! Á ver...
(¡Á que éste me hace creer
que estoy realmente enfermo?)
Lo mismo dice el doctor.
JOSE. Es claro... Lo ve cualquiera.
EDUAR. Sí. (Pero en que yo me muera
¿qué ganará este señor?)
Tan solo el poder divino
puede, á quien mi amor consagro,
curarme por un milagro.
JOSE. (Si se cura, lo asesino.)
EDUAR. Pero en fin, puedo saber
qué pretende usté de mí?
JOSE. Para eso le cité aquí.

...AR. Pues no hay tiempo que perder.
JOSE. Usté es soltero?
EDUAR. Sí tal.
JOSE. Quiere usté casarse?
EDUAR. Yo?
JOSE. Francamente... ¿si ó no?
EDUAR. (Ente más original!)
JOSE. Tengo una hija.
EDUAR. Muy bella.
JOSE. Cómo! ¿La conoce usté?
EDUAR. Alguna vez me encontré
en la escalera con ella.
JOSE. Bien, pues con esa beldad
que se case hoy mismo pido.
EDUAR. ¿Conque ella busca marido
con tanta necesidad?
JOSE. No es eso.
EDUAR. Cómo que no?
JOSE. No es Amalia á mi entender
quien esposo ha menester.
EDUAR. ¿Pues quién es entónces?
JOSE. Yo.
EDUAR. Usted! Qué barbaridad!
JOSE. Hombre, tenga usté más calma.
EDUAR. (Estoy por romperle el alma.)
JOSE. Hablemos en puridad.
EDUAR. Si mi decoro atropella...
JOSE. No me entiende usté y se irrita.
Yo soy el que necesita
que se case usté con ella.
EDUAR. Ya!
JOSE. Pues ¿qué pensaba usté?
EDUAR. No... nada.
JOSE. Conque al asunto;
¿que cederá usted barrunto?
EDUAR. Hombre, yo lo pensaré.
(Se burla de mí sin duda.)
JOSE. Mi dicha más deseada...
EDUAR. Es ver á su hija casada.
JOSE. No señor, es verla viuda.
EDUAR. (Gracias á Dios que ví luz.)
Ahora todo lo comprendo.

JOSE. Como usté se está muriendo,
me conviene usté.
EDUAR. (Avestruz.)
JOSE. Conque nada de embolismo.
Todo lo mandé arreglar
por si se quiere casar.
EDUAR. Mas ¿cuándo ha de ser?
JOSE. Hoy mismo.
EDUAR. Caramba! Breve es el plazo!
JOSE. Yo soy así.
EDUAR. Ya lo veo.
JOSE. Accede usté á mi deseo?
EDUAR. Esto es un escopetazo.
JOSE. Usted muere.
EDUAR. Sí señor.
JOSE. Pues ántes de ir á la fosa
no le costará gran cosa
el hacerme ese favor.
Y ganando á la verdad
saldrá usted.
EDUAR. (Hay que reirse.)
JOSE. Aquí puede usted morirse
con toda tranquilidad.
EDUAR. Sí?
JOSE. Por Amalia asistido,
que ya será su mujer,
y por todos á mi ver
obsequiado y atendido.
EDUAR. Ya! Del mal el ménos... Pase...
JOSE. Negarse sería un yerro...
Luégo tendrá usté un entierro
de los de primera clase.
Yo lo pienso dirigir,
que no será mal engorro.
Habrá mucho de piporro...
EDUAR. Pues me voy á divertir.
JOSE. Conque cuanto ántes mejor.
EDUAR. (Yo al fin, ¿qué pierdo? La chica
es guapa, será muy rica...)
JOSE. Acepta usté?
EDUAR. Sí señor.
JOSE. Muy bien. Mi ley no es tirana,

y á pesar del compromiso,
si hoy se casa, no es preciso
que se muera usté mañana.

EDUAR. (Luégo me lo pagarás.)

JOSE. No dejando de morir...

EDUAR. Cierto.

JOSE. Puede usté vivir
dos ó tres dias.

EDUAR. (Ó más.)

JOSE. Ya se encuentra usté en su casa,
puede pedir lo que quiera.

EDUAR. Si propasarme no fuera...

JOSE. Usted nunca se propasa.

EDUAR. Sin duda con la emocion
estoy débil... necesito...

JOSE. Ya me hago cargo... un caldito.

EDUAR. Ó una lonja de jamon.

JOSE. (Llamando.) Juliana!... chica!

JULIANA. (Desde la puerta del foro.) Señor.

JOSE. Sírvele á este caballero...

EDUAR. Ser incómodo no quiero.
Yo pasaré al comedor.
(Váse por el foro, precedido de Juliana, á quien hace ademan de que le guie.)

ESCENA VI.

D. JOSÉ, luégo ARTURO.

JOSE. Ya es viuda ó le falta poco;
si no hay ningun contratiempo
en esta misma semana
se cumplirán mis deseos.

ART. Hola, tio.

JOSE. Adios, Arturo.

ART. Ay Dios mio! Vengo muerto.
(Se deja caer en un sillon.)

JOSE. Tú tambien?

ART. Es de cansancio.

JOSE. Pues descansa, que no quiero
tener que ir en pocos dias
á una boda y dos entierros.

ART. Ya está todo preparado.
JOSE. Con toda el alma me alegro.
ART. Desde anteayer hasta hoy
no he parado ni un momento.
En la parroquia no ha habido
dificultad: como olieron
que si se tardaba mucho
el novio estaría muerto,
quisieron casarlo ántes
por no perder los derechos.
Pero el juez municipal,
amigo, no es tan ligero,
me ha hecho volver veinte veces;
el trabajo gratis y eso
es contra la actividad.
JOSE. Es verdad... Tienes talento.
ART. Pero en fin... todo está listo.
Y el novio?
JOSE. Ya le tenemos.
Ha entrado en el comedor
para tomar alimento.
¡Verás qué cara, sobrino!
ART. De veras?
JOSE. Da gusto verlo.
ART. Gusto?
JOSE. No, quiero decir...
Mirado bajo el aspecto
que yo lo miro...
ART. Ya estoy.
Pero cuanto más lo pienso,
me parece más horrible,
tio, lo que está usté haciendo.
JOSE. No tiene nada de extraño.
ART. Si en lugar de un hombre enfermo
buscára usted para Amalia
un marido sano y bueno
que le quisiera á usted mucho,
le acompañase á paseo,
le administrára su renta...
JOSE. Sí... como tú, por ejemplo.
ART. Sí señor.
JOSE. No me conviene.

Ya había pensado en ello.
En ese cuadro que pintas
con colores tan risueños
has olvidado las sombras.

ART. Las sombras?

JOSE. Sí, los chicuelos.

ART. Ah!

JOSE. Si cada nueve meses
me daba Amalia un nieto,
se convertía esta casa
de paraiso en infierno.

ART. Cierto, mas ese peligro
lo hay en parte, segun creo
con la boda de hoy.

JOSE. No tal.

ART. Ese hombre aún no está muerto.

JOSE. No, pero le falta poco.
Me ha ofrecido sin remedio
morirse de aquí á tres dias,
y lo cumplirá.

ART. Lo creo.
Pero en tres dias... hay casos...

JOSE. Lo sé, pero no los temo.

ART. No?

JOSE. Solamente verá
á su esposa desde lejos.

ART. Ya!

JOSE. Piensas que yo soy tonto?

ART. No tal.

JOSE. No me mamo el dedo.

ESCENA VII.

DICHOS, AMALIA.

AMALIA. Papá!... Felices, Arturo.

ART. Hola, primita, celebro...

JOSE. Hija, ya tenemos novio,
y todo se halla dispuesto.

AMALIA. Todo ya?

JOSE. Sí tal. Arturo...

ART. He encargado hasta el entierro.
JOSE. Has ido á la *Funeraria?*
ART. Me lo dijo usted.
JOSE. Bien hecho.
Pues anda á buscar un coche
para que nos lleve luégo,
mientras yo voy á mi cuarto
por el baston y el sombrero.
ART. Adios, Amalia.
JOSE. No tardes. (Váse.)
ART. En cinco minutos vuelvo. (Váse foro.)

ESCENA VIII.

AMALIA, luégo EDUARDO.

AMALIA. Esta boda me horroriza,
y me pregunto si debo
obedecer á mi padre
mi repugnancia venciendo.
EDUAR. (Por de pronto almorcé bien.)
Señorita!
AMALIA. Caballero!
EDUAR. (Mi futura.)
AMALIA. (Será el novio.)
EDUAR. (Es bonita.)
AMALIA. (Pues no es feo.)
EDUAR. (Á pesar de mi descaro
no sé qué decirla.)
AMALIA. (Tiemblo.)
EDUAR. Usted es?..,
AMALIA. Usted sin duda?...
Diga usted.
EDUAR. Usted primero...
AMALIA. Preguntaba...
EDUAR. (No se atreve.)
AMALIA. Usted sin duda es el muerto?
DDUAR. Todavía no, señora;
estoy vivo y lo celebro,
porque puedo contemplar
ese semblante hechicero.

AMALIA. (Habla bien.) Usted dispense.
EDUAR. No hay de qué. (Vamos, yo creo
que he recobrado mi aplomo.)
AMALIA. Quería decir...
EDUAR. Comprendo.
AMALIA. Que si era usted el amigo
que se encuentra un poco enfermo,
y que hoy espera papá.
EDUAR. El mismo.
AMALIA. Yo, caballero,
le suplico que no forme
mal juicio de mí... Es tan nuevo
el caso en que nos hallamos,
que apenas á hablar me atrevo.
Papá tiene unas ideas
tan originales...
EDUAR. Cierto.
AMALIA. Es poco sentimental.
EDUAR. Sí, ya he visto que es muy fresco:
quiero decir, muy francote,
quiero decir, muy mostrenco.
AMALIA. Caballero...
EDUAR. Usted dispense:
pero si he de ser su yerno,
no es malo que empiece ya
á tratarle como suegro.
AMALIA. Y accede usté á su capricho?
EDUAR. Pude dudar un momento
ántes de tener la suerte
de hablar á usted, pero luégo
de haberla visto y hablado
sería un torpe y un necio
si despreciára la dicha
cuando me sale al encuentro.
AMALIA. (Es un hombre muy simpático
y que tiene mucho ingenio.)
Sin embargo...
EDUAR. Qué?
AMALIA. Esa dicha,
ya que usted es tan atento
que quiera darle ese nombre,
no ha de ser muy larga.

EDUAR. Es cierto;
casi me había olvidado
de que me estaba muriendo,
y no es extraño, que al ver
ese rostro y ese cuerpo,
escuchar su dulce voz,
respirar su mismo aliento,
¿quién se acuerda de morirse?
(La coge la mano.)
AMALIA. Basta, basta, caballero.
EDUAR. ¿No va usted á ser mi esposa?
Pues aunque estampára un beso,
(La besa la mano.)
uno, dos, tres...
AMALIA. Basta, basta.
EDUAR. Tres dias de vída tengo
segun su papá de usted,
mas ¿qué me importa, si en ellos
seré dueño de un tesoro?
Y por conseguir tal premio,
si morir es necesario,
á morir estoy dispuesto.
AMALIA. Veo que la enfermedad
no le impide hablar.
EDUAR. Es cierto:
tengo la lengua espedita,
y aunque me hallo tan enfermo,
¿quién dice que no me cure
viendo sus ojos de cielo?
Qué? Lo sentiría usted?
AMALIA. Yo? No señor. (Y no miento.)
EDUAR. Otros milagros mayores
está el mundo siempre viendo.
AMALIA. (Si mi papá se equivoca
y él se cura, yo no tengo
la culpa y me alegraría.)
EDUAR. (Ella vale más que el viejo,
y no querrá de seguro
tomar por marido un muerto.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. JOSÉ, luégo ARTURO.

JOSE. Hola! Ya está usted aquí?
EDUAR. Sí señor.
JOSE. Esta es su esposa.
EDUAR. Muy amable y muy graciosa.
JOSE. Y tú estás contenta?
AMALIA. Sí.
ART. (Entrando.) Tio, el coche nos espera.
JOSE. En marcha.
(Amalia toma su mantilla, que al salir habrá dejado sobre una silla.)
ART. Vamos allá.
(Da el brazo á Amalia y sale con ella por el foro.)
JOSE. (Á Eduardo, deteniéndole un momento por el brazo.)
Conque usted se morirá?
EDUAR. Sí señor. (Cuando Dios quiera.)
(Salen por el foro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

D. JOSÉ, EDUARDO.

EDUAR. (Entra por la segunda puerta izquierda con bata y gorro, fumando un cigarro puro.)
Hola, suegro... Buenos dias.
JOSE. Yo no soy suegro de nadie.
Mi bata... mi gorro nuevo?
EDUAR. Son prendas indispensables
para estar cómodo en casa.
JOSE. Á ver el pulso!... (Se lo toma.) Tunante!
Cada dia estás mejor.
EDUAR. Dios se ha empeñado en curarme,
y como todo lo puede,
se me figura muy fácil
comer pavo todavía
en sesenta navidades.
JOSE. Yo no lo permitiré.
EDUAR. Cómo?
JOSE. Iré á los tribunales,
y si hay justicia en España
te meterán en la cárcel.

EDUAR. En la cárcel?
JOSE. Sí señor.
No pienses que has de engañarme
impunemente. Ocho dias
hace ya que te casaste
ofreciéndome morirte;
parecías un cadáver,
apenas tenías pulso;
y tal era tu semblante,
que si algun enterrador
te encontrára por la calle,
te llevaba al campo santo
sin más ni más al instante.
Yo dispuse hasta el entierro
y ahora quieren que lo pague,
ayer me envió la cuenta
la *Funeraria*, ve, infame, (Saca una factura.)
sube tres mil setecientos
cuarenta y cuatro reales,
porque yo me proponía
con gran decoro enterrarte.
EDUAR. Muchas gracias, papá suegro.
JOSE. Hombre, Eduardo, sé amable.
Ya está hecho el gasto. Aprovecha
la ocasion.
EDUAR. Qué disparate!
JOSE. Á tí no te cuesta nada.
EDUAR. Que no?
JOSE. Y á mí me complaces.
Si al cabo te has de morir,
¿que más te da un poco ántes?
EDUAR. Bien, bien, ya me moriré.
JOSE. De veras?
EDUAR. Sí, de ese trance
no se libra que yo sepa
absolutamente nadie.
JOSE. Cierto.
EDUAR. Y cuando quiera Dios,
ojalá sea muy tarde,
tendré como cada cual
que liar yo mi petate.
JOSE. Ese no es el caso, tú

me ofreciste que al instante
te irías al otro barrio.

EDUAR. Pues ya no quiero mudarme.
Esta casa me acomoda,
le da el sol, hay mucho aire,
y el respirar bien es sano.

JOSE. No ví descaro más grande.

ESCENA II.

DICHOS, JULIANA, con una lápida mortuoria cubierta con un paño y una cuenta.

JULIANA. Señor.

JOSE. Qué?

JULIANA. Han traído esto.
(Lo deja sobre una silla.)

EDUAR. Á ver, á ver. (Levanta el paño y lee.)
«Aquí yace
don Eduardo Villamala.
R. I. P.» Buen detalle!
Es usté muy previsor.

JOSE. Juliana, dí que se marchen.

JULIANA. Traen la cuenta.

JOSE. Tambien eso?

EDUAR. Claro. Justo es que se pague.

JOSE. Para tí es. Conque tú
la pagarás si te place.

EDUAR. Ni yo la he mandado hacer
ni es costumbre en estos lance
que pague el interesado.
¿Ha visto usté que reclamen
las cuentas de su sepelio
jamás á ningun cadáver?

JOSE. Venga. (Toma la cuenta.) ¡Sesenta pesetas!

EDUAR. No es nada cara.

JOSE. (¡Bergante!)
Toma el dinero, Juliana,
y dí que al punto se larguen.
(Da el dinero á Juliana y ésta sale por el foro.)

ESCENA III.

D. JOSE, EDUARDO.

JOSE. Conque tú estás decidido?...
EDUAR. Á que estas bromas se acaban.
Ocho dias hace ya
que estoy casado y en balde,
porque ni hablo á mi mujer,
ni la veo, ni...
JOSE. Que calles.
EDUAR. No callaré, mis derechos
justo será que reclame.
Amalia me dió su mano.
y no soy tan botarate
que consienta por más tiempo
en ser juguete de nadie.
Desde hoy me instalo en su cuarto.
JOSE. Te prohibo que te instales.
EDUAR. Pienso acudir al gobierno
y á las córtes y al alcalde
y al demonio, para ver
si hay alguno que me ampare.
JOSE. Yo tambien acudiré.
EDUAR. Soy marido.
JOSE. Yo soy padre!
EDUAR. Tengo derechos.
JOSE. Y yo.
EDUAR. Fallarán los tribunales.
Hombre, no faltaba más.
JOSE. No faltaba más! Que fallen.
EDUAR. Usted me ha dado su hija.
JOSE. Me equivoqué.
EDUAR. Fastidiarse.
JOSE. Tú estabas ya moribundo.
EDUAR. Dios ha querido curarme.
JOSE. Tu existencia era una letra
á tres dias, lo aceptaste,
el plazo ha cumplido ya
y te exijo que me pagues.
EDUAR. Pues la protesto, no tengo

fondos.

JOSE. Eso es declararte
en quiebra.

EDUAR. Pues me declaro.
Puede usted ejecutarme,
pero mi mujer no es mueble,
segun la ley, que se embargue.
Tengo absoluto dominio.

JOSE. Tú no tienes nada, infame.

EDUAR. Hoy me la llevo á mi casa.

JOSE. Á tu casa?

EDUAR. Aunque cesante
aun tengo donde vivir.

JOSE. Qué has de tener, miserable!

EDUAR. Me queda el Campo de Guardias,
donde nunca falta aire,
y en último caso tengo
el Hospicio, que es bien grande.

JOSE. (Y será capaz de hacerlo!
Será capaz de marcharse.)
Amalia no irá contigo.

EDUAR. Irá donde yo la mande.

JOSE. (Nada, á las grandes medidas.)
Eduardo, no te enfades. (Variando de tono.)

EDUAR. Si usted se aviene á razones...

JOSE. Yo deseaba evitarte
un disgusto.

EDUAR. Usted?

JOSE. Sí tal.
Mas ya que es fuerza que hable,
hablaré.

EDUAR. Ya estoy oyendo.

JOSE. Pero me has de ofrecer ántes...

EDUAR. Qué?

JOSE. Tener filosofía.

EDUAR. Bien, le suplico que acabe.

JOSE. ¡Cuánto hubiéramos ganado
en que te murieras!

EDUAR. Dale.

JOSE. Lo digo por tí.

EDUAR. Mil gracias;

JOSE. Es fuerza que te prepares,

no sea que la emocion...
EDUAR. Si ya lo estoy. Adelante.
JOSE. Pues en la vida de Amalia
hay un secreto muy grave.
EDUAR. Cómo!
JOSE. Un amor desgraciado.
EDUAR. Sí... Desgraciado y culpable.
JOSE. No, no tanto.
EDUAR. Ya adivino
por qué me han hecho casarme.
JOSE. Hombre!
EDUAR. Sirvo de pantalla.
¿Dónde se encuentra ese infame?
JOSE. Eduardo!
EDUAR. El nombre!
JOSE. Cuál?
EDUAR. El del otro! El del amante!
JOSE. Yo no te he dicho...
EDUAR. Silencio!
Aquí va á correr más sangre...
JOSE. Medita con calma.
EDUAR. Calma?
Le ruego á usted que me aguarde.
Hoy sabrá usted quién soy yo.
JOSE. Ya sé quién eres. Un cafre.
EDUAR. Voy á mi cuarto, despues
sabrán usté y la culpable
mi resolucion.
JOSE. Escucha...
EDUAR. Abur. Me ahoga el coraje.
(Váse segunda puerta izquierda.)

ESCENA III.

JOSÉ solo.

Va que parece una fiera,
¿si pensará suicidarse?
Eso lo arreglaba todo.
Si se mata estoy en grande.
Pero por si no se mata
es preciso á todo trance

impedir que con Amalia
llegue á entenderse. ¿Quién sabe
si ella se enternecería?
Las mujeres son tan frágiles!
Juliana! Juliana! (Llamando.)

JULIANA (Dentro.) Voy.

JOSE. Esta bien puede ayudarme.

ESCENA IV.

DICHOS, JULIANA.

JOSE. Juliana, ¿quieres cien duros?

JULIANA. Sí señor. (Presenta la mano.)

JOSE. Cuando los ganes.

JULIANA. Y qué he de hacer?

JOSE. Poca cosa.

JULIANA. Poca?

JOSE. Y sumamente fácil.

JULIANA. Y me va usté á dar cien duros?

JOSE. Si consigues que te abrace
mi yerno.

JULIANA. Cómo?

JOSE. (La abraza.) Así... Mira!

JULIAEA. Déjeme usté!

JOSE. No te alarmes.

JULIANA. Conque usted quiere?...

JOSE. Yo quiero
que le des un par de pases
de muleta.

JULIANA. De muleta!

JOSE. Ya me entiendes!

JULIANA. Eso es grave.

JOSE. Que le marees un poco,
y le hagas que se propase
contigo.

JULIANA. Yo soy honrada.

JOSE. Lo siento.

JULIANA. Y en todas partes
puedo presentarme y... ¡vaya!

JOSE. No digas más disparates:
tu honradez nada peligra.

JULIANA. Como él llegue á propasarse...
JOSE. Ántes de que llegue, tú
es necesario que armes
una de dos mil demonios,
que grites, llores y rabies,
y que nos lo cuentes todo
á Amalia y á mí. Ya sabes,
si logras hacerlo bien,
te ganas dos mil reales.
JULIANA. Ya los tengo en el bolsillo.
JOSE. Sí?
JULIANA. Márchese usted, que sale.
(Váse D. José por el foro.)
Porque me abrace un buen mozo
me va á dar dos mil reales:
¡cuántas conozco que harían
este servicio de balde!

ESCENA V.

JULIANA, EDUARDO.

EDUAR. Está la señora en casa?
JULIANA. Creo que sí, señorito.
EDUAR. Dila que salga al momento. (Se sienta.)
(Viendo que Juliana no se mueve.)
Vamos. ¿No me has entendido?
JULIANA. Sí señor. (Está irritado.)
EDUAR. Pues obedece.
JULIANA. Yo?
EDUAR. Vivo!
JULIANA. Es que yo le diré á usted;
es para mí un compromiso;
el amo me ha dado órden
de que por ningun motivo
lleve ni traiga recados
entre ustedes.
EDUAR. Necesito
hablar á mi esposa.
JULIANA. Pero...
EDUAR. Para eso soy su marido. (Se levanta.)
JULIANA. Sí, pero el amo es el amo.

EDUOR. Bien, no discuto contigo.
(¿Cabe más humillacion?)
JULIANA. (Da lástima el pobrecillo.)
Señorito, ¿está usté enfermo?
EDUAR. No.
JULIANA. Me había parecido...
EDUAR. Qué?
JULIANA. Tiene usté mala cara.
EDUAR. Á tí qué te importa?
JULIANA. Digo!...
Perdone usted.
EDUAR. No hay de qué.
JULIAAA. (Si me ha de abrazar, preciso
será que se ablande un poco.)
EDUAR. (Hago el papel más ridículo!...)
JULIANA. Señorito, usté está triste?
EDUAR. Déjame en paz.
JULIANA. Cuando vino
por vez primera á esta casa,
aunque el color amarillo
de su rostro denotaba
lo que había padecido,
estaba usté más alegre...
EDUAR. Es verdad. (Y más tranquilo.)
JULIANA. Yo simpaticé al momento
con usted.
EDUAR. Lo mismo digo.
JULIANA. Gracias. Yo soy una pobre...
EDUAR. ¿Acaso soy yo muy rico?
¡Maldito sea el dinero!
Si no fuera tan preciso,
era cosa de ahorcar
al primero que lo hizo.
¿Qué importa que seas pobre?
No, no serás tú, fijo,
de esas que suelen casarse
haciendo votos sacrílegos
para que les sirva luégo
de pantalla su marido.
No serías tú capaz
de condenar al ridículo
al hombre que te quisiera.

JULIANA. No señor.
EDUAR. Ya lo adivino.
Tú debes tener, Juliana,
un corazon compasivo.
JULIANA. Sí señor y harto lo siento.
EDUAR. Por qué?
JULIANA. Porque hay cada pillo!...
EDUAR. Cierto. El mundo está muy malo
JULIANA. ¡Ay! Ya lo creo. Malísimo.
Dan los hombres cada perro!
EDUAR. Pues las mujeres, no digo!
JULIANA. En cuanto una se descuida...
EDUAR. Si uno cae en el garlito...
JULIANA. Pronto le sale á la cara.
EDUAR. Ó á la frente, que es lo mismo.
JULIANA. No se puede ser sensible.
EDUAR. Y tú, Juliana, ¿lo has sido?
JULIANA. Qué mujer deja de serlo?
EDUAR. Dí.
JULIANA. Mande usted, señorito.
EDUAR. Y tu ama?
JULIANA. Qué?
EDUAR. Tú debes
saber si acaso ha tenido...
JULIANA. Como ella es tan reservada...
EDUAR. Sí, eh? Pero tú habrás visto...
JULIALA. Tendrá su alma en su armario.
EDUAR. Sí que la tendrá.
JULIANA. De fijo.
EDUAR. Ántes de casarse...
JULIANA. Aquí
no entraba más que su primo.
EDUAR. Arturo.
JULIANA. No tiene otro.
Y él bien hubiera querido...
EDUAR. Qué?
JULIANA. Le gustaba la prima.
EDUAR. Y ella?....
JULIANA. Á mí nada me ha dicho.
EDUAR. Pero sin que te lo diga
puedes haber conocido...
JULIANA. Yo, nada.

EDUAR. (No quiere darme
un disgusto.) Y ese chico
parece un bobalicon.
JULIANA. No hay que fiarse.
EDUAR. No?
JULIANA. Digo!
EDUAR. Tú sabes algo, Juliana?
JULIANA. Yo sé que es muy atrevido.
EDUAR. Hablarás por experiencia.
JULIANA. Ay, sí señor! Es un niño
que como le den la mano
se toma el pie.
EDUAR. Pobrecito!
JULIANA. Y á veces sin darle nada.
EDUAR. Conque es decir, que contigo?...
y con la otra, de seguro...
Pero es un turco ese chico.
JULIANA. Turco no sé si será,
pero enamorado y listo
sí señor.
EDUAR. Basta, Juliana.
Ahora comprendo el abismo
en que caí como un necio.
JULIANA. Sí? (¿Dónde se habrá caido?)
Y se hizo usted mucho daño?
¿Se le rompió algun tobillo?
EDUAR. No, todo fué en la cabeza.
JULIANA. Pues eso es grave.
EDUAR. Gravísimo.
¡Qué gracia tienes, Juliana!
JULIANA. Yo?
EDUAR. Te aseguro que he visto
pocas mujeres...
JULIANA. Sí, pocas!
EDUAR. Que tengan tus atractivos!
JULIANA. (Vamos, ya se va animando.)
No sea usté libertino!
EDUAR. Chica, si soy un cartujo.
JULIANA. Tiene usted cara de pillo.
EDUAR. Gracias.
JULIANA. No quiero ofenderle.
EDUAR. Pues entónces...

ULIANA. Lo que digo
es que me parece usted
un hombre... vamos, ¿me explico?
EDUAR. Explícate.
JULIANA. Pues, un hombre...
EDUAR. Como todos.
EDUAR. Muy ladino.
Habrá usté hecho unas conquistas!...
EDUAR. No lo creas.
JULIANA. No me olvido
de que me dió usté un abrazo.
EDUAR. Yo?
JULIANA. Sí señor, cuando vino
por vez primera á esta casa.
EDUAR. Pues estoy por repetirlo.
JULIANA. Ay!
EDUAR. No te asustes, muchacha.
Déjate querer. (La abraza.)
JULIANA. (En voz baja.) Qué grito!
EDUAR. (Teniéndola siempre abrazada.)
Sabes lo que digo, chica?
JULIANA. Como usté no me lo ha dicho...
EDUAR. Digo que los dos estamos
perfectamente juntitos.
JULIANA. (Ay mis cien duros.) Ya basta!
EDUAR. Por qué?
JULIANA. (Soltándose y gritando.) Inmoral, liberti...
EDUAR. Calla, no grites.
JULIANA. Socorro!
EDUAR. Pero...
JULIANA. Señor!
EDUAR. Qué?
JULIANA. Vecinos!
AMALIA. Qué sucede aquí? (Saliendo.)
JULIANA. (Ya tengo
mi dinero en el bolsillo.)

ESCENA VI.

DICHOS, AMALIA.

AMALIA. Vamos, no puedo saber

á qué vienen esos gritos?
JVLIANA. Yo soy honrada, señora.
AMALIA. Bien, ¿y qué?
JULIANA. Que no permito
que se me trate por nadie
como si fuera algun pingo.
EDUAR. Déjanos sólos.
AMALIA. Que hable.
JULIANA. Sí señora, el señorito
atenta á mi honor.
EDUAR. Juliana!
JULIANA. Sí señor, lo dicho dicho.
Me ha dado usted un abrazo.
AMALIA. Es posible?
JULIANA. Yo lo afirmo;
y no sé si usted no sale
lo que hubiera sucedido.
JULIANA. Bien, vete. (Vàse Juliana.)
EDUAR. (Basta de farsa!
Esto era plan. Lo adivino.)

ESCENA VII.

AMALIA, EDUARDO.

AMALIA. Hable usted ya, caballero.
EDUAR. Ya la escucho á usted, señora.
AMALIA. Usted es quien debe ahora...
EDUAR. Usted debe hablar primero.
AMALIA. Si defenderse no piensa,
sin defensa juzgaré.
ELUAR. Yo defenderme? Es usté
quien necesita defensa.
AMALIA. Yo?
EDUAR. Soy el acusador.
AMALIA. Esto me faltaba oir!
EDUAR. Yo la tengo que pedir
cuentas.
AMALIA. De qué?
EDUAR. De mi honór.
Al tomarla por esposa

yo, en mi triste soledad,
tenía honor, es verdad
que no tenía otra cosa.
Y hoy por ajenos deslices
cuya relacion suprimo...

AMALIA. Qué tiene usté?

EDUAR. Tengo un primo
cábalgando en mis narices.

AMALIA. Qué tiene usté un primo?

EDUAR. Sí.

AMALIA. No es extraño, ¿y á mí qué?

EDUAR. Es decir, lo tiene usté
aunque pesa sobre mí;
pues mi desventura es tanta
en lo que al caso conviene,
que usted es la que lo tiene
y yo soy el que lo aguanta.

AMALIA. No entiendo.

EDUAR. Todo lo sé.

AMALIA. Á burlas no me acomodo.

EDUAR. Repito que lo sé todo,
me lo ha dicho don José.

AMALIA. Mi papá?

EDUAR. Por Belcebú,
habló hace un cuarto de hora.

AMALIA. Qué habló papá?

EDUAR. Sí señora,
habló el buey y dijo *mú*.
Sé que en la vida de usté
se esconde un secreto grave,
sé lo que ninguno sabe.

AMALIA. Qué sabe usté?

EDUAR. Lo que sé.

AMALIA. Un secreto?

EDUAR. Aunque incompleto
su papá me lo contó,
y luégo adiviné yo
lo restante del secreto.
Quiere pasar por vestal
la que demasiado amable
abrigó un amor culpable
con mengua de la moral.

Sus amorosas licencias
ninguno sospecharía,
pero tal vez llega un dia
en que tienen consecuencias.
El galan favorecido
se llama andana, y al punto
hay que buscar un difunto
que haga el papel de marido.
Se le encuentra, y la alegría
renace en el corazon,
pensando que el pabellon
cubrirá la mercancía.
Ya está descorrido el velo
que sus miras ocultó,
pero amiga mia, yo
no cargo con el mochuelo.

AMALIA. Esto los límites pasa.
EDUAR. Justo es que salga de quicio.
AMALIA. Usted ha perdido el juicio.
EDUAR. Hoy abandono esta casa.
AMALIA. Me parece que hará bien.
EDUAR. ¿Me despide usted, señora?
Maldita sea la hora
que nos casamos.
AMALIA. Amen.
EDUAR. Los dos vamos á marchar.
AMALIA. No lo espere usté de mí.
EDUAR. Soy su marido, y aquí
á mí me toca mandar.
AMALIA. Nunca lo consentiré!
EDUAR. Resistirá usted en vano.
AMALIA. Abur. Beso á usté la mano.
EDUAR. Estoy á los piés de usté.

(Vánse Amalia por la derecha, Eduardo por la izquierda.)

ESCENA VIII.

D. JOSÉ, ARTURO, por el foro.

JOSE. Conque ya estás enterado.
ART. Y si me rompe una pierna?

JOSE. Tú eres un gran tirador
de sable, y como no temas...
ART. Pero tio, eso es un crímen.
JOSE. Calla y no seas babieca.
Esperar tras de una esquina
á un prójimo, y cuando vuelva
meterle entre las costillas
una navaja de á tercia,
eso es crímen y merece
que se le imponga una pena.
Pero provocarle á duelo
y matarle en toda regla,
aunque nunca haya cogido
un arma y el otro sepa,
es cosa de muy buen tono,
sirve para hacer carrera,
y más de cuatro en España
así han conseguido hacerla.
Pelear bien es muy noble
en siendo lo causa buena;
tu prima ha sido engañada
por ese enfermo de pega;
la familia está ofendida
y batiéndote la vengas.
¿Hay nada más natural?
ART. Lo pinta usté de manera...
JOSE. Conque no hay que tener miedo.
ART. Mas donde ménos se piensa
salta la liebre.
JOSE. No hay liebre
que valga.
ART. Si ese hombre fuera
un tirador.
JOSE. Qué ha de ser!
ART. Si me rompe la cabeza...
JOSE. Te compras otra.
ART. (¡Qué apuro!)
JOSE. Ya sabes, pago tus deudas
si accedes á mi deseo.
ART. El argumento es de fuerza.
Mas tambien desafiarle
sin más ni más... si él no acepta...

JOSE. Le insultas.
ART. Y si no basta.
JOSE. Sí bastará.
ART. Y si me pega?
JOSE. Creo que eres un cobarde.
ART. Tambien mi opinion es esa.
JOSE. Pues nada, tú elegirás
ó el desafio, ó las deudas.
ART. Veremos.
JOSE. Él viene aquí.
Valor!
ART. Me tiemblan las piernas.

ESCENA IX.

DICHOS, EDUARDO, con el traje que sacó en el primer acto. una guitarra sin cuerdas y un pañuelo con ropa en la mano,

EDUAR. Me alegro de hallar á usté.
(Aquí el primito?)
JOSE. (Á Arturo.) (Aprovecha
la ocasion.) Pues qué se ofrece?
EDUAR. Que ya es fuerza que esto tenga
un fin.
JOSE. Eso digo yo.
EDUAR. Me fatiga esta existencia.
JOSE. Y va usté á pegarse un tiro?...
Tengo unas pistolas nuevas.
EDUAR. No.
JOSE. Si prefiere ahorcarse
le puedo dar una cuerda.
EDUAR. Tampoco.
JOSE. Quizá un veneno...
(Echando mano al bolsillo.)
la botica está muy cerca.
EDUAR. Es usted un alcornoque.
JOSE. Caballero!
EDUAR. Y me revienta!
JOSE. Usté insulta á mi sobrino!
Arturito, no te pierdas.
ART. Que me insulta á mí?
JOSE. Está claro;
(Bajo.) (Anda con él... no le temas.)

Si yo soy un alcornoque,
es fuerzas que tú lo seas,
pues eres de la familia.

ART. Pero soy de otra madera.

JOSE. (Bajo.) (Oblígale.)

ART. (Tengo un miedo...)

EDUAR. Lo que quiero que usted sepa
es que me mudo de casa.

JOSE. Y qué es eso que se lleva?

EDUAR. Mi equipaje. Una camisa,
dos pañuelos, cinco medias
y un cepillo de las uñas.

ART. Y la guitarra.

JOSE. Sin cuerdas.

EDUAR. Voy á llamar á mi esposa
para que conmígo venga.

JOSE. Cómo! ¿Se le lleva usté?

EDUAR. Claro!

JOSE. Arturo, se la lleva.

ART. Amigo, eso me parece...

EDUAR. Qué dice usté? (Amenazador.)

ART. (Retrocediendo asustado.) Nada.

JOSE. (Á Arturo.) (Aprieta.)

EDUAR. Pensará usted oponerse?

JOSE. Hombre, y aunque se opusiera
no haria nada de más.

EDUAR. ¿Habrá mayor desvergüenza?
¿Conque usted, padre inmoral,
patrocina y hasta alienta
el crímen? ¿Conque ese mozo
es el amante? ¿Conque eran
ciertos mis presentimientos?

ART. Pero qué es lo que sospecha?

EDUAR. Yo quiero beber su sangre.

ART. Caballero! (Es una fiera.)

JOSE. Yo no puedo consentir...
Mas ya que ustedes se empeñan
en batirse... justamente
tengo dos sables.

EDUAR. Pues vengan.

JOSE. Aquí mismo, yo seré
padrino, y todo se queda

en casa... Lo siento mucho...
Y las hojas son muy buenas,
están recien afiladas...

ART. (Me va á cortar las orejas.)

EDUAR. Quiero matar ó morir.

ART. (Mejor será que se muera.)

JOSE. Vuelvo al instante. (Váse izquierda.)

AAT. (Yo tiemblo.)

EDUAR. Es preciso que usted sepa
que si usted la quiere, yo
amo tambien á esa pérfida.

ART. Yo no entiendo una palabra.

EDUAR. Por consiguiente, el que muera
al cementerio.

ART. Está claro.

EDUAR. Y el que viva se la queda.

ART. (Yo voy á echar á correr.)

JOSE. (Con dos sables de caballería.)
Aquí están las herramientas.
Toma, Arturo. (Bajo dándole un sable.)
(Si le matas,
hoy quedas libre de deudas;
y si él te mata... tambien.)
Tome usted el otro.
(Da á Eduardo el otro sable.)

EDUAR. Venga.

JOSE. En guardia. (Á Arturo.) (No tengas miedo.)

ART. Pero señor, yo quisiera...

JOSE. (Anda con él.) (Á Arturo.)

ART. Caballero!...

EDUAR. Defiéndase usted!

JOSE. (Bajo.) (No temas.)
(Eduardo ataca á Arturo, que al primer golpe vuelve la espalda y echa á correr.)

ART. Que me mata! Que me mata!
(Arturo y D. José vánse por el foro huyendo d Eduardo, que les persigue dándoles de plano.)

EDUAR. Já, já! Victoria completa.

ESCENA X.

EDUARDO, AMALIA.

AMALIA. Qué ruido es ese?
EDUAR. Señora,
estas son las consecuencias
de la conducta de usted.
AMALIA. Ese sable?...
EDUAR. Es la suprema
razon de un marido honrado
cuando hay quien su honor ofenda.
AMALIA. Se ha batido usted?
EDUAR. No puedo
decir que sí, porque fuera
mentir descaradamente.
Arturo apeló á las piernas.
AMALIA. Cómo! Ha sido con Arturo?
EDUAR. Con quién quiere usted que sea
tratándose de mi honor?
AMALIA. No entiendo.
EDUAR. Se hace de nuevas?
AMALIA. Y dice usted que él ha huido?
EDUAR. Con pasmosa ligereza.
Puede usted estar tranquila:
si no muere de viruelas,
de sarampion ó de muermo,
su vida va á ser eterna.
AMALIA. Él en todas partes pasa
por tirador de primera.
EDUAR. No lo niego, pero ahora
apeló á la estratagema
de la fuga. En eso sí,
pocos habrá que le venzan.
AMALIA. Dice que tiene una mano!...
EDUAR. Pues los piés son los que vuelan.
AMALIA. Se ha batido muchas veces.
EDUAR. Lo ha visto usted?
AMALIA. Él lo cuenta.
Yo no puedo estar tranquila
mientras dure esa querella;

Arturo puede volver.
EDUAR. Eso deseo, que vuelva.
El trabajo de buscarle
me ahorra de esa manera.
AMALIA. Pero se empeña en batirse?
EDUAR. Le choca á usted mi insistencia?
AMALIA. Estoy temblando!
EDUAR. Por él?
AMALIA. Qué dice usted?
EDUAR. Bien se observa.
AMALIA. Tiemblo porque si ese lance
á cabo por fin se lleva,
puede usted morir, y... yo,
yo no quiero que usted muera.
EDUAR. (Tirando el sable.)
Amalia! ¿Es eso verdad?
AMALIA. Lo duda usted? Esa ofensa...
EUUAR. Pero entóuces el secreto...
AMALIA. Qué secreto?
EDUAR. Tente lengua.
AMALIA. Hable usted.
EDUAR. Ántes papá
me habló de cierta manera...
yo creí que usted... y Arturo...
AMALIA. Basta.
EDUAR. Concebí sospechas.
Llora usted?...
AMALIA. Pero este llanto
es dolor y no vergüenza.
EDUAR. Perdon, Amalia! Yo he sido
un insensato y un bestia.
Pero te amo con locura,
me irritó tu indiferencia,
estaba celoso y...
AMALIA. Basta.
Yo tambien estuve ciega;
te ví abrazar á Juliana...
EDUPR. Fué por distraccion. Dispensa.
AMALIA. No vuelvas á distraerte.
EDUAR. Lo juro por tu belleza
¡Amalia mia! (La abre los brazos.)
AMALIA. (Precipitándose en ellos.) Eduardo!

EDUAR. Que vengan ahora, que vengan.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, D. JOSÉ, ARTURO.

JOSE. Qué veo?
ART. ¡Dios de Israel!
EDUAR. Nos halla usted á los dos,
en paz y en gracia de Dios.
ART. ¡Hemos hecho buen papel!
EDUAR. Ya nos hemos entendido.
AMALIA. Acabó nuestra querella.
EDUAR. Desde hoy no me aparto de ella.
AMALIA. Ni yo dejo á mi marido.
JOSE. ¿Habrá burla más sangrienta?
ART. Á veces los más discretos...
JOSE. Conque al fin tendré nietos?
EDUAR. Eso corre de mi cuenta.
JOSE. Ya no me podrá cuidar,
me va á consumir el tedio.
ART. Pues, tio, no hay más remedio
que paciencia y barajar.
AMALIA. Papá, cese el importuno
temor que veo en su cara,
pues la suerte le depara
dos hijos en vez de uno.
JOSE. Me querreis mucho los dos?
AMALIA. } Sí señor.
EDUAR. }
JOSE. Me cuidareis?
AMALIA. Sí tal.
JOSE. Pues si así lo haceis
que os haga felices Dios.
EDUAR. Si esta leccion le aprovecha,
con ella debe aprender
que nadie puede ofrecer
MORIRSE Á TRES DIAS FECHA. (Cae el telon.)

FIN DEL JUGUETE

B.34 2º Apte
312

ADMINISTRACION GENERAL

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA PIEDRA DE TOQUE.

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CALLALLERO.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro de Variedades en la noche del 19 de Diciembre de 1862.

MADRID:

IMPRENTA DE LA SRA. VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,

calle del Factor, número 14.

1862.

3 0112 117454931

CATÁLOGO

de la Aministracion general de obras dramáticas y líricas

de don Francisco Rubio,

calle de San Pedro Mártir, núm. 12, cuarto 2.º

OBRAS DRAMÁTICAS EN UN ACTO.

Títulos de las obras.		Nombres de los autores.	Precios.
Al que se hace de miel.		D. Manuel García Gonzalez. . .	4
El huérfano ó el niño mendigo.		Laureano Sanchez de Garay.	4
Las pesquisas de mi suegro. . .		Manuel García Gonzalez. . .	4
Los dos preceptores.		Manuel Breton de los Herreros.	4
La mujer debe seguir al marido.		José D'Araujo.	4
Los misterios de la calle del Gato		Manuel García Gonzalez. . .	4
¡Presente, mi general!		Luis Rivera.	4
Triana la Macarena.		Eugenio Sanchez de Fuentes.	4
Vida prosáica.		Antonio María Segovia. . . .	4

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.		Eugenio de Olavarria. . . .	6

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Achaques de la vejez.		D. Eulogio Florentino Sanz. . .	8
Don Tello de Guzman.		Manuel García Gonzalez. . .	8
El padre de familia.		Luis Rivera.	8
El honor y el trabajo.		Idem.	8
¡Españoles, á Marruecos! . . .		Diego Segura.	8
Las aves de paso.		Luis Rivera.	8
La princesita.		Laureano Sanchez de Garay.	8
La fragata Belona.		José D'Araujo.	8
La piedra de toque.		Eduardo Zamora y Callallero.	8
Loco de amor.		M. de Cuendias.	8
Pecados del siglo XIX. . . .		José D'Araujo.	8

ZARZUELAS EN UN ACTO.

Atala y Chactas.	Libreto.	D. Pedro Escamilla.	4
	Música (1).	Modesto Julian.	140
Cada loco con su tema. . . .	Libreto.	Graciliano de Puga. . . .	4
	Música.	Manuel Crescj.	120
Casado y soltero.	Libreto.	Luis de Olona.	4
El amor y el almuerzo. . . .	Idem.	Idem.	4
Gracias á Dios que está puesta la mesa.	Idem.	Idem.	4
La cotorra.	Idem.	Idem.	4
La pupila.	Música.	Joaquin Miró.	160
La cruz de los Humeros. . . .	Idem.	Manuel Crescj.	200
La zarzuela (Mitad).	Libreto.	Luis de Olona.	4
Lo que de Dios está.	Idem.	Graciliano de Puga. . . .	4
	Música.	Manuel Crescj.	140

---

(1) Toda partitura que se pida por los representantes de esta galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.